AMOR, SEXO Y EL FIN DEL MILENIO

Dra. Lourdes Fernández Rius, Facultad de Psicología, Universidad de La Habana

RESUMEN

Transitamos de un milenio a otro. Mientras y como nunca antes, la vida sexual, amorosa, de pareja emerge cuestionada. Las últimas décadas han sido escenarios importantes de transformaciones económicas, científico-técnicas, culturales, de valores. Todo ello ha impactado la vida amorosa y las relaciones humanas sin que se pueda precisar bien cuál o cuáles caminos seguirán. A su vez, sabemos que indagar y encontrar sentidos auténticos en esta dirección, se inscribe en el esfuerzo de presentar y fomentar la calidad de la propia vida.

ABSTRACT

We travel on to a new millenium. In the meantine life in couples, sex and love life appear questioned. The last decades have brought about numerous economical, technical, scientific, cultural and value transitions. These changes have had impacts on love and human relations but the direction of these have still not been rightly determined. At the same time, we know that in order to preserve and promote the quality of life, the authentic trends of these impacts must he researched and discovered.

Hablar del sexo y el amor a las puertas del tercer milenio nos convoca irremisiblemente a contextualizar estas aristas de la vida humana en los espacios económicos, culturales y sociales que vivimos y viviremos en los próximos años.

El signo esencial del siglo XX ha sido el cambio. El umbral del tercer milenio nos sitúa ante la incertidumbre, colectiva e individual. (Blanco, J.A. 1997)

Asistimos hoy a la exacerbación del mercado con su entrañable competitividad y lucha por la supervivencia. El acrecentamiento de la ganancia, que se identifica cada vez más con el poder, va rigiendo toda la vida social, política y cultural de nuestros pueblos. Todo se hace mercancía, todo se vende y compra. Se va estableciendo así una cultura del consumo, sinónimo de poder, de posesión y por último de "felicidad".

La civilización industrial ha creado y crea pacientemente la noción y expectativa de que felicidad es igual a producción y consumo ilimitado, al irrefrenable galope de la ciencia y la tecnología, a la satisfacción hedonista de todo deseo y placer que no es más que un nuevo dominio con antifaz de libertad.

Florece hoy "(...) la ética postmoderna del hedonismo, el individualismo y la desmovilización que se nutre de ese desconcierto y desprecia, como empolvados anacronismos modernos, al romanticismo solidario de aquellos que insisten en definir –no en descubrir- un significado para sus vidas" (Blanco, J. A. pág. 134, 1995). Lo económico que -separado hoy de los valores- emerge como autónomo en relación a las necesidades y voluntades humanas, nos va ayudando a tejer una cultura de vacío espiritual y desmovilización de emociones.

Nuestra sabiduría, imaginación y esperanza aparecen hoy laceradas ante la velocidad de las comunicaciones, el acortamiento de las distancias y la permeabilidad de las fronteras a las influencias culturales, informáticas y de capital.

Concluimos este milenio con una depredación ecológica dada por el uso indiscriminado y agotamiento de los recursos y una abismal desigualdad en la distribución de las riquezas y su consiguiente polarización social que colocan al ambiente social y ecológico en un estado de crisis.

El progreso tecnológico –que ha llevado a la humanidad ante la fragilidad de un accidente genético o nuclear- no ha significado necesariamente progreso social, sino más bien el estallido hoy de las ideas de igualdad, libertad, fraternidad.

El desarrollo tecnológico actual torna obsoletos los valores pacientemente creados por la humanidad haciendo ingobernable el complejo orden mundial actual.

Finalizamos un siglo y nos encontramos a las puertas de otro y en medio de este contexto que rápidamente he esbozado, hombres y mujeres, especialistas y profanos seguimos hablando de la sexualidad, del amor, de las relaciones de pareja, familiares y humanas en general. Continúan surgiendo de modo impenitentes múltiples interrogantes que ocupan el pensar y el quehacer de los estudiosos de estos temas y que activan el interés y preocupación de aquellos que sin ser

estudiosos, viven cotidianamente su sexo, su amor y su familia.

La pareja humana aparece cuestionada hoy con gran vehemencia y nunca antes se había profetizado con mayor fuerza su final y el de la familia.

Nunca antes había reinado con tanto ahínco la incertidumbre e inconformidad hacia estas aristas de la vida, ni tanta urgencia en la búsqueda de formas diferentes y más placenteras de vivir la sexualidad, el amor y las relaciones familiares.

¿Por qué proliferan los divorcios? ¿Será una norma el tener parejas en serie? ¿Es casi una excepción transitar por los 40 aún en las primeras nupcias? ¿La infidelidad va resultando algo con lo que es posible convivir e incluso el nutrimento del vínculo amoroso? ¿Se vive una nueva masculinidad y una nueva feminidad? ¿Qué hombre y qué mujer buscamos las mujeres y los hombres del 2000? ¿Cuál es el misterio de las parejas que perduran y que dicen ser felices?¿Es mejor casarse, convivir o visitarse? ¿Podrán el amor y la sexualidad resistir los embates actuales y perspectivos del estrés, la competitividad laboral y las exigencias de la vida moderna? ¿Cómo amar, realizarse y desarrollarse a la vez? ¿La diversidad de alternativas u orientaciones de vida sexual, amorosa y familiar será la pauta de las próximas décadas?

A pesar de estas y muchas otras interrogantes se continúan estructurando y reestructurando parejas, unas que viven felices, otras que se conforman, otras que se soportan y otras que se disuelven, sin que sepamos bien la naturaleza del fenómeno que ocurre en unos y otros casos.

La seguridad, alegría y el éxito personal están muy vinculados con nuestra capacidad para relacionarnos con determinado grado de compromiso e intimidad. La incapacidad en este sentido es fuente de temores, de sentimientos negativos, de aislamiento. Ambas situaciones influyen en nuestra salud, en nuestra inserción social, en nuestros cambios y en nuestro desarrollo.

Las relaciones amorosas poseen gran significación para la propia subjetividad, para el crecimiento personal y el desarrollo social. A su vez, el contexto sociocultural y económico influyen en el bienestar que alcanzamos en esta parte de nuestras vidas y en la preparación que la sociedad y los individuos logren para afrontar las vicisitudes que emanan en este sentido.

¿Cómo continuará este proceso? ¿Qué derroteros asumirán la sexualidad, el amor y la familia del tercer milenio?

Son incalculables las transformaciones que se han producido y que seguirán produciéndose en sus condicionantes y determinantes.

A partir de los años 60 se operan grandes cambios en las formas de entender y vivir la sexualidad. Logro inestimable de este siglo es la valoración de la sexualidad como aspecto importante de la personalidad humana. De la mirada del siglo XX va desapareciendo la amenaza y el castigo hacia el sexo en un mundo que se adhiere cada vez más al conocimiento científico haciendo estallar mitos, tabúes y miedos al develarse verdades, disiparse ignorancias y aliviarse ansiedades.

Va quedando atrás la sexualidad como sinónimo de debilidad pecaminosa, mal necesario, peligro instintivo, legitimada solo en sus fines reproductivos.

La liberación sexual del presente siglo ha favorecido la superación del dualismo cuerpo-alma en la comprensión de la sexualidad humana. Se desarticula así la visión dicotómica, estereotipada y simplificada de la sexualidad que la identifican con cuerpo – carne – irracionalidad – mundo animal – lo intrascendente – inferior – efímero – malo y separada del alma – del espíritu – de lo humano de lo racional y trascendente.

La **Revolución Sexual** de los años 60 posibilitó libertad para hablar de la sexualidad, la proliferación de la información y la literatura en este tema, la reivindicación del placer sexual en la mujer y la progresiva desaparición del valor de la virginidad, escindiéndose el sexo –procreación del sexo- placer junto con los avances en la anticoncepción.

La actitud social más positiva hacia el placer sexual, intensificó el sexo prematrimonial y extra-matrimonial, todo ello en el esfuerzo de nutrir con otros sentidos a la relación de pareja, en caminos de búsquedas, hallazgos y experimentación.

La oleada de libertad para la expresión de la sexualidad, fue renovando hacia los años 70, las costumbres en esta dirección. Se produce una tendencia hacia la no exclusividad, aparece el sexo en grupos, el intercambio de parejas, la convivencia en comunidades, el matrimonio a prueba, la apertura hacia el homosexualismo, se diversifican y aumentan las preferencias eróticas, como alternativas todas para la vida sexual y amorosa.

La propia evolución humana en cuanto al conocimiento científico, la cultura y reflexión han generado el debilitamiento y abandono de normas erigidas sobre presupuestos hoy inadmisibles y que hasta entonces habían regulado el comportamiento sexual de modo dominante y restrictivo.

Así, ante una sexualidad vista como pecado, vergüenza asociada a la reproducción, al matrimonio y a la moral convencional, se impone cada vez con más fuerza la sexualidad como valor, placer, comunicación, ternura, dimensión de lo personal y la forma más profunda de encuentro interpersonal

humano. Se desinstitucionaliza el sexo y se impulsa un referente ético personal tendiente a una moral democrática, autónoma y responsable.

Cada vez es más fuerte la repulsa a todo lo que condena o discrimina la sexualidad, caduca la cultura antisexual no sin entrar por supuesto en colisión con otra cultura aún por establecerse.

El avance de los antibióticos y medios de protección contra las enfermedades de transmisión sexual, hace que éstas ya no sean amenazas, lo que permitió que durante varios años se pudiese vivir la sexualidad con cierta paz y despreocupación, con la impronta consiguiente para las costumbres sexuales de hoy.

Sin embargo, aparece el **SIDA** haciendo resurgir la relación sexo-muerte, parcialmente disuelta en las décadas de los 60, aunque no parezcan ser lejanas las posibilidades de su vencimiento por la ciencia contemporánea. Sin embargo, hasta el momento esta pandemia, detectada por primera vez en 1981, por su morbilidad, mortalidad y espectro clínico resulta de pronóstico incierto para las próximas décadas.

Por lo pronto, se esperan alrededor de 40 millones de portadores del virus a los fines de los 90 (Finkel y Gorbato, 1995) esencialmente jóvenes entre 15-24 años. Estos, además de la intensidad de sus necesidades sexuales, típico de esta edad, por su propia situación social de desarrollo, no se consideran, como tendencia, vulnerables al contagio, lo que en sí mismo se convierte en fuerte obstáculo ante todo intento educativo, lo único posible hasta entonces en el intento de prevenir y disminuir la enfermedad.

Ello no ha dejado de influir en el comportamiento sexual que va transitando de la despreocupación y paz propias del auge de los antibióticos y anticonceptivos a una sexualidad irremisiblemente conectada con lo social, con el conocimiento y la confianza hacia el otro.

A su vez, al haber sido asociado en sus inicios a la orientación sexual y no al comportamiento sexual de riesgo, el SIDA hace reaparecer -bajo otros cánones- la intimidación hacia un sexo que se aparte de lo admitido socialmente y el miedo a la sexualidad. Los términos "abstenerse", "sexo seguro", proliferan, concentrándose con no poca frecuencia los esfuerzos educativos en este sentido más que en una visión integral y personológica de la sexualidad que promueva una vivencia placentera y enriquecedora.

El autoerotismo, atacado durante muchísimo tiempo, se sitúa entre una de las características de la sexualidad de fin de siglo, tanto en mujeres como en hombres. Se puede aprender en talleres, videos o manuales a estos fines, viéndose hoy como un modo de alcanzar una sexualidad más plena y no solo como alternativa a la soledad, carencia de pareja o imposibilidad de relacionarse íntimamente.

El autoerotismo ha transitado pues hasta convertirse en vivencia en pro de la salud sexual de las personas lejos de factor de culpa o de vergüenza, apareciendo más bien como autodescubrimiento y autoconocimiento corporal de gran significación para la autoexpresión erótica.

En ello también incide la amenaza del SIDA. El autoamor, se convierte pues, en una manera de vivir la sexualidad con garantía de salud aunque algunos lo consideren también como una exacerbación de la individualidad tan proclamada por el post-modernismo de estas décadas. (Finkel y Gorbato, 1995)

La aceleración de la madurez biológica y el alargamiento de la esperanza de vida, hacen que cada vez se comience más tempranamente la vida sexual y que también permanezcamos sexualmente activos mucho más tiempo.

Alrededor de 60 años de sexualidad activa nos depara hoy la vida, junto con la carrera, desesperada ahora, por mantenernos físicamente jóvenes y con atractivo. A ello se une el desvanecimiento de mitos hacia el buen amor como algo eterno, lo cual de mantenerse sería un real desafío a la paz espiritual del adolescente debutante en este andar.

La aceleración de la pubertad ante el mejoramiento del modo de vida ha originado que alrededor de la mitad de los individuos, se inicien sexualmente antes de los 16 años. El sexo en la mujer se torna más precoz, siendo así más frecuente en el varón su inicio sexual con la pareja de elección, intensificándose así el sexo prematrimonial.

Esto entra en contradicción con la necesaria dilación de la incorporación del joven a la vida social, productiva, a partir de la exigencia que en cuanto a tiempo, demanda la formación cultural y técnica hoy, lo cual retarda la madurez social del mismo con la correspondiente heterocronología.

Por otra parte, los avances en la **anticoncepción y esterilización quirúrgica** son indetenibles lo que induce a formas diferentes de vivir el amor y la sexualidad, escindiendo, de modo definitivo, la antaña unión sexo-procreación. La anticoncepción posibilita la planificación familiar con la tendencia a la disminución de la fecundidad. La maternidad cada vez más es una derivación del amor y la libertad y menos del fatalismo y la resignación. La anticoncepción y la concepción constituyen espacios cada vez más manejables por los humanos a voluntad.

Por otra parte, si bien *se van disipando los dogmatismos, temores e ignorancias* con respecto a

la sexualidad, *prevalecen aún posturas que dificultan una visión serena* que permita acertar con precisión, en el propio valor de la sexualidad humana.

Subsiste aún un clima de interrogantes acerca del sexo, el amor, la vida en pareja, la fidelidad, el homosexualismo. *Persiste el desconocimiento y el imaginario del modelo reproductivo de la sexualidad* que impide la plenitud de vivencias en una de las más importantes fuentes de experiencia humana.

El tránsito hacia el tercer milenio nos presenta una sexualidad que ha estado y aún está saliendo de la represión que enfrentaba el "sexo pecaminoso" al "amor puro" y negaba la equidad de géneros con la correspondiente masculinización de la cultura.

En este camino unos han logrado superar las huellas que todo esto ha dejado siendo portadores de un progreso.

Otros no han aliviado sus consecuencias y siguen viendo con desconfianza prácticas sexuales no asociadas a la reproducción y del sexo como "pecado", transitan entonces al sexo "desviado" como otra manera de colocar cortapisas al asunto. Sospechan de quienes no desean vivir la sexualidad en los estrechos límites que ha impuesto durante siglos la cultura o de quienes se dediquen a su estudio.

Aunque asistimos al progreso que supone la disolución del dualismo en la comprensión de la sexualidad, prevalece aún el temor y la visión de peligro y amenaza del erotismo por sí mismo y el sexo-placer.

El sexo con amor es mejor visto, lo cual sin lugar a dudas parece ser más placentero, pero en esta misma cuerda se pueden encontrar destellos de un nuevo mecanismo de regulación moral externa al placer sexual individual vestido aún con cierto ropaje de maleficio y pecado.

Probablemente, el asunto vaya más por la personalización de los vínculos que por la estigmatización del erotismo y el placer por no considerarlos legítimamente humanos lo cual nos coloca ante el peligro de retornar a la trampa del dualismo opresivo.

Otros asumen la sexualidad como algo irrelevante que no debe ser tomado muy en serio, en tanto dimensión de la vida a pesar de la apertura en este sentido. Se encuentran aquí posturas neo-conservadoras que ven ahora al sexo como peligro para la integridad del propio cuerpo y de los ideales morales que debería sustentar la vida colectiva.

Así, al "sexo–droga–rock ad roll" de los 70 se le opone hoy la proclama de "soy virgen y me enorgullezco" o la "cultura física", el cultivo del "cuerpo atractivo, equilibrado, sano" y "sin sexo".

Otros han negado -junto con los tabúes- los valores precedentes y en la búsqueda de la libertad han avanzado hacia una ola permisiva en la cual el sexo aparece como medio de comercialización, manipulación, banalización y cosificación que mueve el péndulo hacia el otro extremo.

Todo esto se ve favorecido por la aparición de la anticoncepción como algo a perseguir al margen de todo juicio moral.

Proliferan -no con grandes éxitos por cierto- las campañas de sexo seguro y sano orientadas a lo comportamental, en el esfuerzo por una regulación de la sexualidad desde lo público aunque con una visión médico-sanitaria desprovista de la reflexión ética y holística de la sexualidad humana.

La cultura regida hoy por la ética del mercado hace de todo lo existente objetos de consumo. A ello no escapa el sexo.

Toda vez que la sexualidad no es algo oculto sino visible, permisible, que permea las fronteras de lo privado para acceder al ámbito público, por un lado, y que el contexto en el cual se produce esta liberación tiene por eje al mercado y la disposición para el libre intercambio, por el otro, se hace de la intimidad sexual una mercancía, un servicio con toda una relación de productores y consumidores. De la sexualidad reprimida al producto comerciable, a lo sexual como objeto de valor externo, simbolizable. (Serrano, R. 1994)

En este contexto la tecnología encuentra su presencia. Los videos eróticos y pornográficos van siendo realmente artículos en extensión. No solo los adolescentes a escondidas disfrutan de la pornografía, sino que constituye alternativa de distracción y estímulo para parejas estables o marchitas por el tiempo y la rutina cotidiana.

Las ropas, accesorios, estimulantes y drogas eróticas van resultando ya obsoletas ante la impetuosidad de la electrónica en materia de sexualidad.

El impacto de las nuevas tecnologías de la información torna porosas las fronteras entre países. El planeta se achica ante tales avances tecnológicos capaces de hacer estallar los límites y las distancias.

Hoy se habla del **telesexo, de cibersexo, de sexo virtual, de sexo por Internet,** que dan rienda a la tecnología y a la imaginación y hacen del sexo cuerpo a cuerpo algo *pasado de moda*, además de generar seguridad en términos de salud.

El erotismo epistolar es un fenómeno relativamente antiguo, sin embargo, los avances en la telecomunicación y la cibernética han hecho del **sexo a distancia** un suceso de elevada exigencia y sofisticación tecnológica de los más novedosos en términos de sexualidad humana de impredecibles derroteros en los próximos años.

El **telesexo**, líneas ardientes o eróticas, como también se les llama, resulta ser un fenómeno

institucionalizado, en muchísimos países, constituyen casi microempresas muy rentables que posibilitan no sólo la fantasía y la vivencia de experiencias sexuales que a veces los individuos no son capaces de vivir en la realidad, sino que también permite el acceso a un *sexo divertido, creativo y seguro*, elemento último de especial importancia en estos días.

En esta misma frecuencia se inscriben los **programas radiales** en muchos países capaces de estructurar, al igual que el telesexo, fiestas sexuales, sexo en grupo y hasta orgasmos en público.

Para el **cibersexo** no es necesario conocerse, sólo tener un buen equipo de cómputo, solvencia económica, dominio de la técnica y mucha imaginación. Se convoca así a los pasajes eróticos *más sublimes y fantasiosos*, incluidas relaciones estables y profundas amistades.

Es como si el sexo directo, cuerpo a cuerpo, diera paso al erotismo, a las palabras, a la imaginación. Tal es así, que los amantes electrónicos pueden alterar su físico, sus cualidades, presentarse de modo totalmente diferente a la realidad, instrumentar las alternativas más diversas de sexualidad, con la mayor creatividad y sin barreras de distancias o países.

Se habla también de un **sexo virtual**, de videos eróticos virtuales en los cuales se puede sentir sexualmente sin contacto corporal, sólo con los aditamentos cibernéticos necesarios a estos fines.

El **sexo por internet**, es otro de los grandes *logros* del sexo tecnológico del fin del milenio, que posibilita una comunicación rápida ,eficaz a largas distancias, satisfaciendo cualquier capricho de encuentro erótico entre personas de latitudes inimaginables.

Pienso que la pornografía y comercialización del erotismo, de derroteros incalculables hoy, encierra un doble significado. Por un lado entraña la "liberación sexual" de la opresión haciendo del sexo hoy algo "supuestamente" natural, admisible, visible. Por otro lado, antinatural y reprimido. Como si se siguiera viviendo la sexualidad desde la ausencia de sus auténticos valores. Como si en el camino de avanzar hacia la liberación no hubiéramos sabido aún encontrar y difundir su auténtico sentido para la vida humana. Como si aún no pudiéramos vivir la sexualidad de un modo realmente libre y tuviéramos que acudir a medios y accesorios por la incapacidad para disfrutarla en libertad corporal y espiritual e incapaces también de afrontar las indiscutibles complejidades que en el ámbito de los vínculos interpersonales genera la misma. Tal pareciere que tras el porno y la proliferación de la publicidad sexual subsistiera aún represión, desconocimiento y maltrato a la sexualidad humana y con ello su despersonalización.

No pocos vienen de vuelta de esta ola permisiva contagiados de vacío, agresividad, desilusión ante lo inalcanzable de sus expectativas. Emergen de un sexo inmaduro, irresponsable, coactivo, violento con desilusión e insatisfacción. Es como si la mala formación o la ausencia de valores, tomara al sexo empobrecido, rutinario, genitalizado para algunas personas, conduciéndolas al vacío interior, al desencuentro y a la agresividad. (Frago, S. y cols. 1997)

Sin embargo, con independencia de los ritmos con los que estos hechos operen de acuerdo al contexto sociocultural de expresión, lo cierto es que la liberalización de la sexualidad llegó para quedarse y que continuará su curso haciendo cada vez más habitual lo que otrora fuera experimento.

Existe, sin dudas una interrelación entre la alienación sexual y la alienación económica, cultural y social. La condena a la alienación y opresión sexual han posibilitado la liberación sexual la cual a su vez está articulada a otros campos de la liberación humana como lo es la pujante democratización de la cultura de estos días.

La liberación de la sexualidad –que aparece como símbolo de conquista humana de las últimas décadas- supone la ampliación de su significado, la ruptura de valores y la apertura a un pluralismo que demanda más educación, juicio crítico y humanización permanente.

Otro elemento interesante a analizar, es el **ímpetu del feminismo de las últimas décadas**, el cual ha revolucionado la identidad y el comportamiento sexual femeninos, otorgándole mayor libertad a este último. Esto ha acentuado la autonomía de la mujer con respecto al hombre, reforzando el cuestionamiento de la pertinencia de la vida en pareja hoy.

El pensamiento y el movimiento feminista en su historia y especialmente en la segunda mitad de este siglo han impactado todo el tema del encuentro y relación entre los géneros.

Mujeres y hombres educados en la rivalidad, enfrentamiento y protección los unos de las otras y viceversa, se encuentran en una situación diferente para despedir al viejo y recibir al nuevo siglo.

Este movimiento ha influido considerablemente en el desarrollo de los derechos de la mujer con respecto al acceso al trabajo, a la educación, al sufragio en una larga lucha por reivindicarla de su marginación. Todo ello también ha influido notablemente en su liberación sexual, en la desmistificación de la virginidad, en la distinción del sexo placer del sexo procreación, en el acceso de la mujer al control y planificación de la natalidad y a diversificar las alternativas sexuales.

Justo en la segunda mitad de este siglo, la mujer comienza a acceder a espacios antes vedados para ella, son cada vez más las mujeres que trabajan fuera del hogar, que se convierten en proveedoras contribuyentes a absolutas de sus familias, que se independizan económicamente, que ocupan responsabilidades y que disfrutan y encuentran legítimos espacios de realización en la vida pública.

Las mujeres al acceder al terreno profesional, económico y político privativos del hombre han abierto una brecha al resistente dominio masculino.

La nueva presencia y participación pública de la mujer han traído consigo la ampliación de sus intereses, conocimiento y cultura, así como la asimilación de las nuevas pautas y exigencias. Todo ello ha generado como consecuencia que lo doméstico y privado –sin dejar de ser importante vaya abandonando el centro y el monopolio de la vida de la mujer.

Ahora la esencia de su autoestima se desplaza del recato, la pasividad y habilidades domésticas a su preparación, destreza e iniciativa ante la vida, al aumento de su autoconfianza, seguridad, independencia y juicios propios.

Cada vez más afloran las mujeres que sienten no solo la exigencia externa de un desempeño social sino también una exigencia interna. Se trata de mujeres que trabajan no exclusivamente por el aporte económico que esto podría traer a su vida personal y familiar sino que sienten en sí mismas la necesidad de realización social, incluso, con tanta o mucha más fuerza que la asunción de la gestión de un grupo familiar. Va conquistando así la mujer cada vez más espacio en el tejido social y en las relaciones humanas.

Ello genera un impacto transformador en las normas sociales, en los códigos del patriarcado. La delimitación y diferenciación de los roles de género y sus funciones van tendiendo hoy cada vez más a flexibilizarse, generándose serias transformaciones en lo que respecta a la noción de lo masculino y lo femenino y sus interrelaciones, en la vida sexual y de pareja, de lo masculino como lo humano, de la familia tradicional y la procreación como su proyecto esencial, de la maternidad y la paternidad. Así como la promoción de un pensamiento y actuación que relativiza lo que calmadamente había sido entendido hasta entonces como "lo privado" y lo "público".

El derecho a la sexualidad como placer –conquista de la mujer en las últimas décadas- la induce a desarrollar sectores de su personalidad tradicionalmente aceptados como masculinos. Así, en este ámbito puede ser activa, tener iniciativa, crear caricias, no solo recibir sino dar placer sexual, no solo estar disponible sino también actuar, no necesariamente aceptar y solicitar la penetración. La sexualidad la vive ahora desde la libertad de sus relaciones interpersonales.

Sin embargo, la autonomía sexual de la mujer no articula con el varón tradicional que no sabe negociar desde la paridad. Esto sin dudas, le presenta desafíos compulsándolo a cambiar respecto a su apertura emocional, a su participación en lo privado, a su tolerancia a la vulnerabilidad y su capacidad para desplegar relaciones más equitativas.

Para el hombre vivir la sexualidad desde la igualdad y la reciprocidad con la mujer, le plantea transformaciones y avances en sectores de su personalidad considerados tradicionalmente como femeninos tales como la ternura, la sensibilidad, el sentimiento, la vulnerabilidad, el recibir y dar placer, el abandono de la omnisciencia y la "omnierección", despojarse de una sexualidad demostrativa para poder vivirla en su totalidad y plenitud de cuerpo y persona.

Debemos tener presente que en la rivalidad entre los géneros el varón va quedando con su afectividad reprimida, con la persecución de la omnipotencia, con la sensibilidad y ternuras laceradas, con la angustia de la excelencia, la protección y la posesividad.

En este sentido Fernando Savater –quien considera al cambio del rol femenino como una de las revoluciones más importantes de los últimos dos siglos- afirma que el hombre entra al 2000 con mucho más zozobra que la mujer, que éste ha perdido su preeminencia social lo que lo conduce a la crisis. Esto posee el correlato a su vez de haberle presentado otros espacios como los de poder abrirse a otro hombre, desarrollar y descubrir su mundo de fragilidad y sentimientos sin avergonzarse. (Arias, J. 1996)

Estos cambios en el hombre son vistos como amenazantes, como el temor a la pérdida de la identidad. ¿Qué es ser varón después del cambio? Esta duda hace estallar la identidad masculina, lo cual subyace mucho más en la resistencia al cambio que la posible pérdida de "privilegios" y atenciones femeninas.

Proliferan así en diversos países los talleres de identidad masculina, cada vez más aceptados con naturalidad, en un replanteamiento hoy de la posibilidad de ser fuerte, sensible, activo, emocional, suave, aliviarse de la violencia, de la destructividad, conservar el coraje y la autodeterminación. De este modo, la movilidad de los antaños y rígidos límites de los roles de género traen, junto con los cambios en la feminidad, cambios en la masculinidad hacia el tercer milenio.

Lo cierto es que, para esto no están preparados la mayoría de los hombres del fin del siglo, ni tampoco

la mayoría de las mujeres. Estas continúan polemizando entre una identidad tradicional con la cual no están conformes pero que no tienen fuerza de abandonar y una identidad en cambio que les asusta y aún no logran entronizar definitivamente.

La mujer que transita hacia el 2000 es más una "supermujer" tironeada de ambivalencias y paradojas. Lucha por la igualdad pero sin dejar de añorar –en muchos casos- al varón protector y poderoso.

Las mujeres, que tanto hemos avanzado en los social, lo profesional y lo político con las especificidades contextuales que supone este análisis, no lo hemos hecho mucho en la vida íntima. Algunas siguen tan machistas como antes, otras desde declararse "progre" continúan en lo tradicional, perseguidoras –sin ser totalmente conscientes- de ideales machistas, preconizan una igualdad social a la vez que un sometimiento privado, como en un doble discurso. Es como si la vida íntima de la mujer continuara, para algunas, pasando por el hombre.

Las liberaciones son lentas, se alcanzan retos pero están aún pendientes otros como lo es la autonomía afectiva de mujeres y de hombres.

La liberación de la mujer y su salida al espacio público ha impactado las relaciones de pareja en su dinámica y en su distribución de roles de género lo cual se considera una de las modificaciones más significativas del siglo sobre todo en contextos industrializados. En otros se mantiene aún la falta de conciencia de género, de escolarización y miedos al enfrentamiento.

No son pocos los conflictos que se generan al interior de la pareja y la relación de ésta con su entorno cuando es la mujer la que posee mejor posición social, laboral y aporta más económicamente a la vida familiar.

Este hecho contracultural, desde lo tradicional, origina dificultades comunicativas en la pareja, depresión y problemas de autoestima en el caso del hombre, muchas de las cuales no se han concientizado y que se dirimen en el plano de los dobles mensajes, las agresiones, devaluaciones y en detrimento de la vida sexual.

El crecimiento profesional de la mujer, su despliegue social exitoso, especialmente si no posee un correlato en la figura masculina, en las condiciones contemporáneas de movilidad de valores, tiene un costo: el estrés familiar y amoroso.

Todo ello torna esencialmente frágiles a aquellas parejas cuyos miembros pretenden erigirse desde alternativas menos tradicionales desde los roles de género, lo cual resulta ser un fenómeno de la transicionalidad y renovación hacia el nuevo milenio.

Este andar contracorrientes genera no pocos embates del entorno, de la sociedad, que se cuestiona entonces la feminidad y masculinidad de los integrantes de la pareja. Las mujeres no queremos ser hombres o parecernos a los hombres lo cual reeditaría la polémica desde otro ángulo, sino legitimarnos y relacionarnos con ellos desde la equidad. ¿Podremos mujeres y hombres afrontar estas exigencias culturales? ¿Quiénes podrán arriesgarse al desafío de la opinión social y del malestar del propio conflicto interno?

Los cambios con respecto a los roles de género tienen su impacto también en las relaciones que se establecen en la familia la cual a su vez es uno de los agentes de socialización genérica más importante.

Uno de estos impactos es que se equiparan y flexibilizan las funciones tanto en lo público como en lo privado.

"El hogar se ha vuelto cada vez más abierto y ha perdido multitud de funciones (...)" (Forcano, B. pág. 26, 1996) ya no es el centro económico y productivo de la familia, ambos miembros de la pareja trabajan fuera y frecuentan la vida pública.

Los logros del movimiento feminista han hecho que la vida familiar no sea la única posibilidad de realización social y personal de las mujeres. Sus derechos reproductivos, la autonomía y realización en lo público no las obliga a optar por ser esposas, madres o profesionales. Se desintegra el modelo de ama de casa y madre a tiempo completo trayendo consigo la redistribución de funciones dentro de la pareja y la familia.

Al hacerse la mujer coprovidente, la autoridad se comparte y se avanza en un proceso que hace tambalear las jerarquías para moverse hacia relaciones más democráticas y de colaboración.

Las familias con liderazgo económico femenino crecen. Estas mujeres permanecen buen tiempo fuera de sus hogares, derivan las funciones domésticas y la crianza de los hijos a otras personas. Muchas veces se trata de madres solas por decisión o rupturas, apareciendo progenitores sustitutos incluso en uniones sucesivas lo cual complejiza y expande la familia en el fenómeno que se denomina "familia padrastral". (Gutiérrez de Pineda, G. pág 268, 1995).

Aumentan las familias monoparentales, el número de hijos fuera del matrimonio, las familias de una sola persona, la cohabitación de personas del mismo sexo, homosexuales o no.

Sin embargo, no concluimos el siglo con real y auténtica redefinición de modelos y funciones familiares. Subsiste aún resistencia en algunos sectores y segmentos sociales a esta incursión de la mujer en el ámbito público, y una vez en él, se le destina a labores "propias de su naturaleza femenina" o se le remunera mal.

Asimismo, la erotización de la publicidad y de los medios de comunicación sigue utilizando preferencialmente la imagen del cuerpo femenino, lo que cosifica a la mujer y perpetúa su condición de objeto de apropiación.

Al mismo tiempo, la soltería como opción, el orgullo por la independencia y los proyectos propios, son víctimas de suspicacia social, no es muy fácil en nuestras culturas el tránsito por la soledad, con comodidad emocional, en el caso de la mujer.

A su vez, se ha producido un mayor acercamiento de la mujer al modelo masculino que del hombre al modelo femenino. Así, el abandono de la feminidad tradicional, acentúa la desvalorización de espacios necesarios para la convivencia humana como la familia, el cuidado y atención de los hijos y otros miembros de la familia, la transmisión de afecto, la contención emocional, etc.

A esto se añade la negación a la maternidad y la disminución del número de miembros de la familia. En países pobres, donde las mujeres no trabajan, poseen baja escolaridad y estatus socieconómico, poco acceso a métodos anticonceptivos, la familia es prolífica y la maternidad más valorizada. En países industrializados, se acorta la familia y desciende la fecundidad. Al parecer el 2000 reclamará la tendencia a equiparar estos dos extremos.

No quedan grandes dudas de que el advenimiento del 2000 traerá consigo un mayor acercamiento e interpenetrabilidad entre lo masculino y lo femenino y con ello nuevos modos de encontrarse hombres y mujeres para vivir el amor y constituir sus familias.

La nueva cultura que pulsa por brindarnos emergentes en este sentido reclama una democratización de las relaciones entre los géneros donde la tolerancia a lo personal diferente prime por sobre la rivalidad. Donde los hombres y mujeres entiendan sus diferencias genéricas y convivan con ellas de persona a persona más que en el enfrentamiento.

La noción de supremacía del varón y de inferioridad de la mujer se torna injusta e intolerante en un mundo que pulsa por promover una conciencia de mayor dignidad personal y democracia.

Las relaciones de género hoy piden equidad y una nueva sensibilidad masculina. La mujer cada vez más busca en el hombre amistad, intimidad, reciprocidad, gratificación de ambos en el espacio público así como en el ámbito doméstico y en la educación familiar.

Los cambios que necesitamos seguir promoviendo inducen a desmontar el sexismo, el poder sobre la base del género, la noción de que lo humano es lo masculino y lo público, lo femenino, lo invisible y privado. Supone el desmontaje de la masculinización de la cultura y en el caso de la mujer, la redimensión de paradigmas tradicionales, los cuales, en el afán de acceder a espacios anteriormente prohibidos, no brindan otros referentes que los del propio varón.

El tránsito por el 2000 va pidiendo representar la masculinidad y sin cesar las reivindicaciones y conquistas de la dignidad femenina, repensar la feminidad. En ello resulta insoslayable la distribución de funciones según diferencias personales y no genéricas así como la alternancia de género en cuanto a lo privado y lo público.

La tarea de la reivindicación y conquista de la dignidad femeninas resulta insoslayable en el camino de lograr la legimitación cada vez mayor de su espacio en el ámbito público. A su vez resulta también inaplazable la redimensión en la subjetividad social e individual de lo masculino y lo femenino que aparecen ahora amenazados en sus paradigmas patriarcales.

Resulta impostergable la superación de dicotomías masculino-femenino, privado-público que posibiliten extraer los sentimientos, pensamientos y desempeños humanos de estancos estereotipados o privativos de uno u otro género.

El impacto económico que posee la salida de la mujer al trabajo remunerado y el cambio que supone para la familia la doble jornada femenina, constituyen uno de los puntos más traumáticos en las sociedades contemporáneas, pues se torna conflictiva la exigencia al hombre de mayor participación en el ámbito privado.

Esto no sólo requiere de transformaciones subjetivas, sino de la justa valorización de las actividades domésticas, el cuidado y educación de los hijos, la atención de los miembros de la familia, la transmisión y contención de los miembros de la familia, la transmisión y contención de los afectos, etc., para que éste no siga siendo el espacio siempre olvidado y depreciado por los hombres y ahora el abandonado por las mujeres, con las consecuencias que para el desarrollo humano y social podría traer, sino para que mujeres y hombres nos integremos a él de modo más fácil, comprometido y democrático. (Gutiérrez de Pineda, V. 1995).

Tal redimensión al nivel de la cultura y sociedad puede contribuir a que en lo individual el varón se acerque a lo privado y lo familiar con satisfacción y valoración y no con desdén, desánimo, imposición o para la complasencia de la mujer. Puede también contribuir a que la mujer se acerque a lo público sin culpas por alejarse de lo privado y busque su propio espacio sin tener que reeditar el modelo masculino,

con lo cual fortalece –sin saberlo- la masculinización de la sociedad y la cultura.

Bien valdría que se masculinizara la vida familiar en algunos aspectos. Bien valdría que se femenizara la sociedad en otros, que se revalorizara la entrega desinteresada, la ternura y el cuidado. Bien valdría que las mujeres desarrolláramos más lo que de masculino hay en nosotras y que los hombres pudieran vivir con alivio su buena dosis de feminidad.

No hay mujer sino mujeres, no hay hombre sino hombres. Ante todo los une en las diferencias una misma condición. "La nueva identidad de hombres y mujeres es que son igualmente personas dentro de la rica variedad complementaria en que debemos educarnos y vivir para realizarnos". (Puerto, C. pág. 56, 1997) y recuperar así la pluralidad personal perdida producto de una cultura y educación machistas.

Lo masculino y lo femenino son dos polaridades de una misma realidad: ser persona. En este camino pues resulta imprescindible integrar lo que de masculino y femenino existe en cada uno de nosotros.

Esto no significa que desaparecerá lo masculino y lo femenino sino que alcanzarán otras dimensiones, límites y desaparecerán los estereotipos del rol.

Este constituye un tema que cada vez más tendrá que salirse del abanderamiento feminista para constituirse en un asunto de toda la sociedad. Este asunto desde lo social pasa por la revalorización del trabajo no remunerado, de lo privado, por la feminización de la sociedad y la cultura, por el desmontaje de la dicotomía privado-público y su identificación respectiva y exclusiva con uno u otro género.

En este sentido vale la pena destacar que lo personal es político y que las estructuras de valor de una sociedad se reeditan en los ámbitos públicos y privados. De modo que, replegar estos temas a lo personal, privado, es enajenarlos de sus auténticas raíces y liberar a la sociedad de sus responsabilidad en este sentido.

Las exclusiones, los estereotipos, los maniqueísmo sólo nos sitúan en el ajuste forzoso a un molde inoperante de la realidad diversa, plural, dialéctica, cambiante y no estática ni de estancos.

Lo cierto es que aún hasta hoy hombres y mujeres hemos vivido la sexualidad exigida externamente. La autonomía sexual femenina exige que el hombre busque su autonomía sexual sin dependencias o exigencias sexuales a la mujer.

Hombres y mujeres hoy poseen más posibilidades de realizarse sexualmente al poder armar estilos de relaciones sin encasillarse necesariamente en un único modelo de convivencia sexual, fomentando cada vez más el respecto, la responsabilidad, la tolerancia, la justicia. Relaciones menos prescritas, traumáticas y más humanas, de realización y crecimiento personal. En ello van los pilares de la democratización de la vida amorosa y familiar que demanda el nuevo milenio.

"La familia debe ser el principal agente socializador para la vida en democracia, el respeto a los derechos humanos y la paz." (Guzmán Stein, L. pág. 10, 1994). Para ello la sociedad debe crear condiciones que favorezcan a la familia, la superación de la cultura androcéntrica como una de las formas más generalizadas y menos visible del sexismo.

La democracia supone la igualdad en el uso del poder privado y público, la participación en las decisiones que nos conciernen a todos y la aceptación de que cada persona vale igual y posee los mismos derechos. (Hierro,G. 1995).

Se integran a este análisis otros **factores de orden sociocultural**. Por ejemplo, **la anonimidad de las grandes ciudades,** que libera considerablemente de la censura social en relación con zonas menos urbanizadas, a la vez que genera necesidad aguda de contacto interpersonal. Esto posibilita nuevas y diversas maneras de vivir la sexualidad sin la presencia tan marcada de la valoración o crítica social.

Sin embargo, la creciente urbanización está también generando otros impactos al parecer contradictorios con lo que he venido señalando. Por ejemplo, **la hostilidad y el estrés urbano, las presiones y tensiones económicas, las exigencias laborales, la competencia social**, están ejerciendo su impronta en el deseo sexual de mujeres y hombres, expresándose en otra de las características de la sexualidad de fin de siglo: la disminución de la frecuencia del coito.

De esto se quejan no pocas de las parejas en la actualidad, sin que ello quiera decir que ha dejado de tener importancia este aspecto de la vida sino que aparece lacerado ante la impetuosa incidencia de los avatares cotidianos, aflorando como malestar en la subjetividad individual.

Las condiciones actuales favorecen más la ruptura que la unión y la estabilidad, buscándose más el cambio y la experiencia que la consolidación de los vínculos. Cada vez se hace más fácil armar y desarmar parejas y el amor para toda la vida se va viendo más como una carga que como proyecto tendiendo a aumentar la inestabilidad.

En la **transformación de valores** no es posible desconocer las consideraciones que con respecto a la **fidelidad** van anidando en la subjetividad individual y en los espacios psicológicos de las parejas. Se habla pues de parejas estables con pactos de libertad sexual y afectiva, se las cuenten o no, en las cuales la lealtad radica precisamente en el respecto

del pacto en cuestión y no en la aceptación o no de relaciones con terceros.

Algunos jóvenes piensan hoy que el asunto de la fidelidad es realmente más una cuestión a lo interno del vínculo amoroso que algo para ser enjuiciado desde lo social y que los grados de fidelidad dentro del vínculo deberían decidirse sólo en su interior.

Por otro lado, la infidelidad ya no se asocia necesariamente con la presencia de insatisfacción en la pareja, sino más bien a la búsqueda de emociones, excitaciones, peligros, aventuras o a la estimulación o tonificación de relaciones debilitadas.

Hoy la infidelidad emerge más tolerada, como una posibilidad real, lo cual no quiere decir necesariamente que haya perdido su valor la fidelidad, sino que comienza a ser vista tal problemática de un modo más flexible, comprensible.

Expresión de ello es la existencia de intercambio de pareja entre sujetos que dicen amarse y desear mantener el vínculo, sólo que la pareja intercambiable aparece aquí –refieren- como una manera de animar la vida sexual.

No obstante, en la cuestión de la fidelidad, perduran y perdurarán durante algún tiempo, los matices diferenciadores desde lo genérico y sus especificidades de expresión según el contexto sociocultural.

Hoy aparece en crisis la pareja cerrada, fusional, opresiva, sin espacio personal.

El debilitamiento de valores externos (legales, morales, religiosos) torna a la pareja muy demandada desde su interior. La iglesia, por ejemplo, va perdiendo presencia como mecanismo de regulación, surgiendo cada vez con más fuerza polémicas entre creyentes con respecto a temas como el control de la natalidad, el homosexualismo, el divorcio, no asociándose necesariamente la condición religiosa con la defensa de los valores tradicionales en estos puntos.

El **matrimonio como institución**, no siempre ligado al amor, sino más bien a factores dinásticos, económicos, políticos y de procreación, emerge hoy muy cuestionado.

Declinan sus criterios de calidad (capacidad de manutención, número de hijos, duración), para presenciarse un desafío al mismo ante la facilidad del divorcio, la movilidad y densidad poblacional que aumenta los contactos interpersonales, la extensión de la vida y la débil coerción institucional.

Las elevadas tasas de **divorcialidad y de inestabilidad de los vínculos** – no controlable por ninguna estadística –evidencian la debilidad de la pareja de hoy.

El **matrimonio a prueba**, aflora como fenómeno de proliferación universal, asociado al parecer, a factores diferentes según las especificidades socieconómicas y culturales en su contexto de expresión. Constituyen algunos de sus móviles la desintegración social, el bajo nivel educacional, dificultades económicas que limitan la configuración de proyectos y compromisos profundos, los cambios de roles, la búsqueda de compatibilidad, de conocimiento, de ajuste e integración de proyectos, la mayor libertad sexual, las dificultades en la legislación del divorcio, la reducción de las diferencias legales entre el matrimonio y la unión libre.

Esto ha hecho que la consensualidad deje de ser progresivamente en estos días un fenómeno contestario o contracultural, para ser algo más deseable y hasta aconsejable.

No obstante, el fenómeno es mucho más complejo, pues para algunos tampoco va resultando el matrimonio a prueba una alternativa de vida en pareja, sino que comienza también a proliferar lo que se ha llamado **unión no-conviviente, cama afuera o unión visitante**.

Resulta éste un fenómeno más frecuente sobre todo entre los más adultos, quienes parecen no estar tan dispuestos a lograr una convivencia en detrimento de las propias costumbres e intereses, quienes advierten como amenazante para preservar su individualidad la convivencia estable, sobre todo cuando se trata de reconstruir o reiniciar la vida amorosa.

Es como aceptar que, definitivamente, nadie puede satisfacer todas las exigencias de otro y ante este hecho, acuerdan pues, un tipo de unión en la cual se construye, defiende y mantiene el espacio del vínculo pero sin convivencia. Este tipo de unión resulta para algunos más excitante, los límites que adquiere la individualidad, el propio tiempo y espacio, brindan ilusión de independencia, de mutua libertad, neutraliza el automatismo de los encuentros y las citas sistemáticas, generándose como una especie de negociación permanente.

Estas parejas pueden o no, según sea el caso, acordar posibles relaciones con terceros. También pueden incluir como proyecto la maternidad y la paternidad dándose con frecuencia una modalidad en la cual se cohabita como familia en uno de los hogares y como pareja en otro, como una familia con doble hogar. Vemos aquí nuevas maneras de vivir el amor y la familia y que posiblemente continúen como opciones personales.

La pareja no sólo se nutre hoy de estabilidad sino de auténtica satisfacción, amor y felicidad. Impactada por el cambio de valores en general y hacia el sexo y el amor en particular, se mueve hoy de la excesiva fusión al miedo a la fusión, de la necesidad de unión a la necesidad de libertad y hacia un modelo que está más bien en construcción.

Hacia el 2000 tal parece que se conservará el pacto de exclusividad aunque en un mayor equilibrio entre el espacio individual y de pareja y con una distribución transicional de los roles de género en la cual subsistirán elementos de las relaciones amorosas patriarcales a la vez que emergerán fuertes elementos de ruptura y progreso con respecto a dicho modelo en lo cual va entrando en colisión el mito del amor romántico como lo ideal con el desvanecimiento e inoperancia del modelo fusional.

El movimiento de las relaciones de pareja hacia la equidad y la justicia implicará sin dudas un desafío a su continuidad en medio de un mundo donde las relaciones breves y cambiantes hacen que la pareja sola, desde su interior, logre su estabilidad y perdurabilidad.

Sin embargo, a pesar de todo lo expresado, diversos autores, (Bequer, L. 1992, Fromme, A. 1986, Gindín, L. 1992, Masters, W. y Johnson, V. 1988) coinciden en afirmar que la explosión esencial de la Revolución Sexual ha cesado y que el fin del siglo pulsa en un retorno a la monogamia o hacia una nueva monogamia.

En momentos en que para algunos, amor y compromiso suenan como añejo y sentimental, en que la familia completa es una excepción, en que la pareja y la amistad perdurable resultan ya algo infrecuente, en que la promiscuidad sexual logra ser vivida como natural, tal parece que renace una búsqueda del sentido de la ternura, del romance, de dignificar al sexo como expresión de amor entre dos personas, de hallar valores perdidos y encontrarle un sentido a la vida.

"La familia se desintegra, el índice de divorcios crece, las relaciones son fortuitas y la mayoría de las veces, desprovistas de todo sentido. La tasa de suicidio se duplica, sobre todo entre los jóvenes. La intimidad no es fácil. Constituye un gran desafío a nuestra madurez. Es nuestra mayor esperanza ." (Buscaglia, L. p. 43, 1985 a). Luego de preconizarse con ahínco la muerte de la pareja y la familia desde los años 60, de ensayar un sin fin de alternativas de vida familiar y amorosa, pareciere como si retornara a la vida de a dos.

Ante las presiones de la vida moderna y la amenaza del SIDA, parece revalorizarse la familia y el sexo estable, incluso entre homosexuales. Si los años 60 y 70 fueron décadas de experimentos en el terreno amoroso, no sin desgaste emocional, pues de salir de ataduras sexuales se ha transitado hacia nuevas ataduras y sobreexigencias en este ámbito, parece que al final del siglo se convierte en era de cautela, temores y otras búsquedas, "...actualmente tanto hombres como mujeres, van hacia el amor al objeto total... Es probable que esto se deba en parte al miedo al SIDA. Pero lo atribuyo fundamentalmente al caos mundial, a la desintegración social en la que vivimos". (Finkel y Gorbato, p.52, 1995).

Sin pronosticar un total retorno a la monogamia, Rogers (1986) habló de una gran gama de relaciones donde, en definitiva, la estabilidad dependerá más de la satisfacción de necesidades emocionales, psicológicas y sexuales y el asunto de la fidelidad será tratado de modo más flexible a lo interno de la pareja.

El hecho es que, a pesar de aciertos y desaciertos, de las vicisitudes por las que ha pasado y seguirá pasando el amor, los humanos no hemos logrado poder prescindir del contacto íntimo-personal.

No es la pareja la que está en crisis, sino un modo específico de pareja y su institucionalización que legisla, prescribe y prohibe desde afuera, de mutua dependencia y anulamiento de las identidades personales.

Está en crisis un tipo histórico de organización familiar y de pareja que pide ser sustituido no por otro modelo rígido sino por la aceptación social de la creciente diversidad de estilos de convivencia surgidos en las últimas décadas. Esto nos revela la necesidad de promover la sensibilidad hacia las diferencias de género de modo que incida en la formulación y ejecución de políticas sociales favorables a las familias y a cada uno de sus miembros en el sentido de la equidad, la corresponsabilidad y el afecto.

No se trata de la búsqueda desesperada de modelos que finalmente esclavizan, paralizan en la presunción de que nos calmarán y orientarán, sino de la búsqueda en la diversidad, en la pluralidad y el cambio que es lo que tipifica la realidad más allá de cualquier voluntarismo a ultranza. Tolerar lo diverso, lo cambiable e imprevisible se inscribe en el empeño de fomentar una ética para el progreso y bienestar humanos.

La intimidad psicológica, al redimensionarse, hace renacer con fuerza la búsqueda de una relación presidida por el afecto, en un rescate del placer, la comunicación, la entrega y el enriquecimiento personal.

Todo ello, unido a la variación de los criterios de funcionalidad de la pareja en estos días, que hacen tropezar la esperanza de un vínculo duradero con la libertad individual como valor y que tornan poco satisfactoria para los sujetos, la pareja erigida sobre la base de la posesividad, de anular el sí mismo en aras del otro, apareciendo con fuerza la necesidad de un vínculo que en su defensa como espacio singular, permita el enriquecimiento de la propia individualidad.

En el tránsito hacia el 2000, se va privilegiando una pareja de relativa estabilidad, aunque no eterna ni incondicional, de más complicidad, compañerismo, negociación, de cultivo del erotismo, pasión y otros pilares como el amor inteligente emanado de la comunidad de gustos e intereses. Continuarán los amores, las separaciones y los nuevos amores, como una suerte de *poligamia* seriada.

Debilitados los resortes externos del vínculo amoroso (presiones económicas, sociales, jurídicas y religiosas, la censura férrea del divorcio, de la concepción y sexualidad prematrimonial), emerge el amor, la intimidad psicológica, como única condición para la durabilidad auténtica de la pareja, que hoy sólo puede decidirse desde su interior.

El encuentro y conocimiento de las subjetividades, la autorrealización y la satisfacción psicológica en el seno de la pareja, la capacidad para establecer una relación íntima y duradera con otra persona y cómo construir y mejorar el amor, son puntos a debate hoy.

El amor del fin del milenio está en búsqueda de otros caminos, de creación, en donde se integre el erotismo a la vez que la afectividad, los acuerdos y entendimientos mutuos, donde la ternura y el afecto dejen de ser ya cuestiones perseguidas sólo por mujeres para convertirse en una exigencia del vínculo. Es como una búsqueda de mayor intimidad, de amar al otro como totalidad, de integrarse con el otro.

Se intenta construir hacia el tercer milenio una pareja que comparta en lugar de competir, que se estimule y apoye en el crecer personal, en lugar de anularse o diluirse el uno en el otro, en defensa de los espacios personales y de pareja, en lugar de dependencia.

Por supuesto que nos referimos a un movimiento. Son realmente pocas las parejas que se encuentran ya en condiciones de armar tales vínculos. Sin embargo suelen ser estas las aspiraciones que requerirán aún de continuas transformaciones en la subjetividad social e individual.

Mientras, va floreciendo cada vez con mayor ímpetu la transicionalidad en el ámbito de la pareja. El desvanecimiento de valores tradicionales, la permanencia de otros, y el nacimiento de otros nuevos. Va produciéndose –por el momento- una pareja en la cual coexisten y luchan valores muchas veces contrapuestos, que aunque representa una movilidad hacia nuevas maneras de configurar el vínculo amoroso, no está exenta de vicisitudes, colisiones a su interior y en la subjetividad de los sujetos que los integran, los cuales, con no poca frecuencia, perciben de modo confusional sus identidades, o entran en conflicto consigo mismos y con lo que les rodean, precisamente por viajar contra la cultura .

Así, en tal construcción, parece ser que nos despedimos del segundo y vamos hacia el tercer milenio, en el cual seguirán produciéndose transformaciones y continuarán existiendo las disímiles alternativas a las que ya he hecho referencia.

Ello nos sitúa ante el problema de la educación y orientación para vivir en pareja "(...) es mucho más fácil promover la madurez de nuestros talentos especiales, que mejorar nuestra habilidad más general para vivir con nosotros mismos y con los demás, esto (...) no proviene como resultado de algún tipo de práctica específica ". (Fromme, A. pág. 342, 1986)

Afirma L. Buscaglia, que vivir con los demás y amarlos, requiere de capacidades aprendidas, lamentablemente desde lo espontáneo, de modo que, transitamos por lo general, en este camino, con insuficientes recursos, que vamos adquiriendo o mal-adquiriendo en el decursar de la vida. Por ello, no debe asombrarnos, los altos índices de disoluciones amorosas a los cuales hoy –cuando no existen otros recursos reales de sostén amoroso- asistimos.

La educación sexual que cuenta ya con algunas décadas está lejos de brindar los frutos deseables en estos tiempos. Bien sea por los obstáculos que tuvo que vencer, bien por su sesgo clínico que impuso su concepto de *normalidad sexual* (reproductiva y heterosexual), prevaleciente aún en estos días, bien por la lentitud de los programas educativos y la dificultad que para su instrumentación entraña la insuficiente preparación de educadores y padres.

Hace poco más de un año participantes de más de 50 países analizaban la situación de la sexualidad de fin de milenio invocándose a la creación de condiciones para el desarrollo personal que incluyesen los derechos sexuales inalienables e insustituibles desde la preservación y fomento de nuestra condición humana.

El asunto de la sexualidad que ha desbordado los límites éticos, culturales, sociológicos que fueran antes puntos de orientación, reclama con urgencia de la educación. Acudir al conservadurismo, a la represión, no sería positivo ni enriquecedor. Por otro lado, la permisión a ciegas no ofrece grandes oportunidades al crecimiento personal. ¿Hacia dónde dirigirse pues?

Avanzar hacia relaciones sexuales erigidas sobre la autonomía y el cultivo de la sexualidad como algo positivo. Que la sexualidad posea su lugar en la vida y que no se le trate como algo indigno, marginal,

prohibido, constituye uno de los alcances más significativos de este siglo en este sentido y en la historia de la sexualidad humana. La sexualidad tiene su papel, su lugar en nuestra existencia, es necesaria a nuestra vida y por ello es necesario afirmarla y redimensionarla lo que puede favorecer su legítima vivencia sin distorsión ni clandestinaje.

La naturalidad y divulgación pública de la sexualidad humanas es algo inestimable. A su vez ello constituye un desafío al desarrollo humano al desmontarse críticamente normas que regulaban esta esfera de la vida que han invalidado costumbres y comportamientos. La aparición pues de nuevas formas de entender, vivir y experimentar la sexualidad trae aparejado enfrentamientos entre culturas y entre las generaciones portadoras.

"La búsqueda del sentido de la sexualidad humana es una búsqueda de siempre, continua, abierta (Forcano, B. pág.71, 1996), sin lo cual es imposible entender y asimilar el cambio. No buscar este sentido nos detiene en la resistencia, inercia, repetición, estancamiento, imitación, con el reforzamiento de una cultura limitante e inhibitoria. Esto nos puede introducir en el espejismo de grandes avances aparentes en un mundo que se nos presenta vertiginoso y cambiante si no se produce un enfrentamiento real a las ideas anquilosadas."

Hoy cuando la sexualidad es objeto de la ciencia se exige más conocimiento, más preparación. Si entendemos la sexualidad como vínculo humano profundo cuya eficacia influye en el bienestar personal, de pareja, familiar y social, se impone cada vez con más fuerza la formación de la subjetividad humana en este sentido.

La sociedad actual competitiva, utilitaria, donde la manipulación, dominio y posesión cosifican y deshumanizan, que obligan a la incontinencia insoportable de no amar ni ser amado en detrimento de la dignidad individual, piden con avidez relaciones humanas diferentes. Vínculos capaces de preservar derechos y la libertad de la persona al margen de cualquier sometimiento o anulación del sí mismo o egoísmo. Donde el amor aparezca como integración de placer, erotismo, sensualidad en diferentes ámbitos y relaciones de la vida. Amar, convivir, solidarizarse, está en peligro en la civilización del tercer milenio.

En oposición a las más ricas tradiciones humanistas y amenazando la existencia y supervivencias humanas la filosofía del tener se impone hoy con más fuerza que nunca. Se torna crucial pues en este momento distinguir entre el ser y el tener si queremos orientar, educar y proyectar nuestra existencia, sobre todo si queremos que "(...) la convivencia humana y la convivencia masculino-femenina no cabe en esterilidad y destrucción (...)". (Forcano, B. pág. 153, 1996)

Educar sexualmente es educar para las relaciones interpersonales, por tanto, no es suficiente informar sino formar, educar en los valores en el terreno de la sexualidad en un camino antidiscriminatorio, antisexista, antiopresivo. "La sexualidad vivida satisfactoriamente es (...) una fuente de amor a la vida, de actitud positiva ante sí mismo, ante los demás y ante las relaciones interpersonales". (Puerto, C. pág. 46, 1997)

Las relaciones íntimo-personales, imprescindibles para la existencia humana, exigen de recursos personológicos y habilidades en extremo complejas. A amar se aprende, a comunicarnos, a conocer y autoconocernos, a asumir responsablemente el vínculo, a autodeterminarnos en esta dirección. En esto ocupa un papel trascendental, el desarrollo personológico que haya alcanzado el sujeto.

El abordaje de esta cuestión, requiere del enriquecimiento de la concepción psicológica acerca de las relaciones amorosas, que contribuya a profundizar en la naturaleza de los fenómenos que ocurren en su interior.

Examinar la naturaleza compleja, dinámica y en evolución constante, implícita en la relación amorosa, no es tarea fácil, no obstante, tal empeño, puede contribuir a la búsqueda de las direcciones y vías para el enriquecimiento del sujeto hacia esta esfera de la vida, cuestión de vital importancia si deseamos que sobreviva lo humano del amor y rescatar la pertinencia de la pareja desde enriquecer su interior, en medio de tiempos que amenazan con crisis, desestructuración de valores y sentidos en torno, incluso, a la propia vida.

En medio de una sexualidad aún maltratada, distorsionada, objeto de burla, desprovista de su real significación, urge promover entre todos una sexualidad como vivencia y como valor. Una sexualidad articulada a la personalidad donde la autoestima, la comunicación interpersonal, la elaboración de temores y angustias resulten imprescendibles para el disfrute y el bienestar. Más que amenazas, promovamos valores que posibiliten la autonomía moral del sujeto en lugar de adscripción al mandato social, aprendiendo a dialogar con lo distinto que existe en cada uno de nosotros.

Hoy hablamos de una educación para la sexualidad personalista y holística, en la cual prevalece la noción de un todo vital que incluye lo somático, psicológico, afectivo, sociocultural, axiológico, religioso e higiénico sanitario, lo cual supone una acción educativa integral como resultado de un complejo entretejido de influencias.

El pluralismo cultural con el que recibimos el 2000 demanda cada vez más una educación sexual de esta naturaleza que continúe desarticulando las nociones represivas en torno a la sexualidad así como los intentos y prácticas que conduzcan a su banalización, cosificación, trivialización. La batalla entre estos extremos, constituye un punto dilemático en los días que corren. "Seguir hablando a los jóvenes de lo que tienen que evitar, de lo que no tienen que hacer, de los peligros que les acechan acabará por aburrirles y por distorsionar la apasionante tarea que es la educación sexual". (Frago, S. pág. 191, 1997)

El tercer milenio reclama con urgencia revolución de valores y creencias que nos mantienen actuando como animales en la *jungla social postmoderna*. Un futuro promisorio reclama la objeción de culturas intolerantes, excluyentes y discriminadoras. Objeción a tendencias que intenten desmovilizar la sensibilidad humana, hagan proliferar la violencia y la apología del tener-poder. Objeción a la linealidad de una tecnología con efectos contaminantes, al positivismo contemplativo en espera de un final, al acrecentamiento de la ganancia como eje de la cultura y las políticas y no como destino de los derechos humanos.

La exigencia más profunda del ser humano es convivir. Esto exige su cultivo permanente según las edades y los contextos culturales, en lo cual los espacios de aprendizaje grupal deben privilegiarse cada vez más. "Si el convivir y el convivir desde el amor, es la exigencia más honda del ser humano, la civilización actual se ha organizado de tal manera que contradice y deforma hasta la exasperación esta exigencia". (Forcano, B. pág.151, 1996)

"Al cerrar el tercer milenio, la necesidad de sobrevivir como especie nos compulsa a pensar el proceso civilizatorio y cultural desde una perspectiva renovada." (Blanco, J. A. pág. 322, 1997)

Somos libres de elegir entre amor, solidaridad u odio y egoísmo. La opción determinará nuestra supervivencia en los próximos siglos.

REFERENCIAS

ARIAS, J. (1996): **Frenando Savater. El arte de vivir**, Editorial Planeta, Barcelona, España.

BEQUER, I. (1992): "La nueva intimidad de la pareja del 2000", en: **Revista Argentina de Sexualidad Humana**", Editada por SASH, 6(1), nov., Buenos Aires, Argentina.

BLANCO, J.A. (1995): "Tercer Milenio", Centro *Félix Varela*, Ciudad Habana, Cuba.

BLANCO, J.A. (1997): "Etica y civilización: apuntes para el Tercer Milenio", En: **Bioética desde una perspectiva cubana**, Centro *Félix Varela*, Ciudad Habana, Cuba.

BUSCAGLIA, L. (1985): **Vivir, amar, aprender**, Editorial Diana, México.

FINKEL, S. y V. GORBATO (1995): **Amor y sexo en la Argentina**, Editorial Planeta, Argentina.

FORCANO, B. (1986): **Nueva Etica Sexual**, Editorial Trotta, Madrid, España.

FRAGO, S. y cols. (1997): "¿Cómo educar hoy la sexualidad? en: **Revisión de la Comprensón Cristiana de la Sexualidad**, Editorial Nueva Utopía, Madrid, España.

FROMME, A. (1986): Amor, su desarrollo personal, Editorial Pax, México.

GINDIN, L. (1992): "El futuro del sexo y la sexología", En: **Revista Argentina de Sexualidad Humana**, Editada por SASH, 6(1), Buenos Aires.

GUTIERREZ de PINEDA, V. (1995): "Los cambios en el rol femenino y su impacto en el sistema familiar", **Revista Colombiana de Psiquiatría**, XXIV(4), Colombia.

GUZMAN STEIN, L. (1994): "Relaciones de género y estructuras familiares", en: **Revista Costarricence de Trabajo Social**, 4, San José, Costa Rica.

HIERRO, G. (1995): "Etica sexual y el SIDA", en: **Dilemas morales de la sociedad contemporánea**, Editorial Torres Asociados, México.

MASTERS, W. y V. JOHNSON (1988): **El sexo en los tiempos del SIDA**, Ediciones B. Barcelona, España.

PUERTO, C. (1997): "Las tendencias antropológicas de la sexualidad ante las puertas del nuevo milenio", En: **Revisión de la comprensión cristiana de la sexualidad**, Editorial Nueva Utopía, Madrid, España.

ROGERS, C. (1986): **El matrimonio y sus alternativas**, Editorial Kairós, Barcelona, España.

SERRANO, R. (1994): "La comercialización del erotismo: la pornografía", En: **Antología de la sexualidad humana**, Conapo, Miguel Angel Porrúa, Libreo Editor, México.